

Exposición y crítica de la nueva catequética

El *Catecismo para las diócesis de Francia* (1) llegó a nuestros especialistas en 1945. Parecía aportar algunas novedades. Jesucristo constituye su centro de interés: preside a su primera parte —verdades que hay que creer— el lema “Jesús dijo: Yo soy la Verdad”; la segunda parte —mandamientos que hay que cumplir— lleva en su frontispicio: “Jesús dijo: Yo soy el Camino”; y la tercera —la gracia y los medios para obtenerla— se abre con las palabras: “Jesús dijo: Yo soy la Vida”. Bajo el plan tradicional palpita, pues, un nuevo plan, distinto pero no opuesto al anterior.

Diez años más tarde salió a luz el *Catecismo Católico de los Obispos de Alemania* (2), primo hermano del francés. “En este libro —dice el obispo a los niños de su diócesis— se os presenta a Cristo, nuestro salvador y redentor, nuestro señor y maestro, quien dijo de sí mismo: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre, sino por mí”. En 1957 fue traducido al español (3). Una propaganda hábilmente dirigida y nuestra afición a tildar de retrógrado al catolicismo español dio a la versión caracteres de acontecimiento.

Produjo ya menos sensación la versión española de la *Catequética* de Jungmann (4) publicada en el mismo año y casi ninguna la de *Al servicio de la Fe*, de Arnold (5), que data del corriente año.

En conjunto estas obras han creado en nuestro país un estado de opinión: muchos catequistas jóvenes se aprestan a relegar al desván de los trastos viejos los métodos tradicionales, mientras los veteranos miran con alarma un cambio tan radical. De ahí que me parezca oportuno averiguar los orígenes de la nueva Catequética y exponer críticamente sus normas y procedimientos, para templar entusiasmos excesivos y evitar repudios injustificados.

I. ORIGENES DE LA NUEVA CATEQUÉTICA

1. LA TEOLOGÍA DE LA PREDICACIÓN (VERKÜNDIGUNGSTHEOLOGIE).

A fines del siglo XVIII el criticismo histórico se aplicó al Nuevo Testamento y se atrevió a denigrar la excelsa figura de Cristo. Reymanus ve en Jesús un agitador político; Paulus, un benéfico curandero; Strauss, un mito; y mediado ya el siglo XIX, Renán le creyó un sublime visionario, inundado de paz cuando inició su carrera y exasperado por la oposición, al terminarla. Consecuencia de esos ataques y de las respuestas que los contrarrestaron fue que las miradas que hasta entonces habían convergido principal-

mente en el *mensaje de Cristo* se concentrasen en el *Cristo del mensaje*.

No menos que el debate sobre la personalidad histórica de Jesucristo ha contribuido a crear un clima propicio a la eclosión de la “teología de la predicación” la ideología de Newman. No abandonó el protestantismo porque le iluminase un milagro, le atrajese la solidez dogmática y jerárquica del Catolicismo o le impresionase nuestra liturgia. Lo principal no fue eso. Buscaba a Jesús, al Jesús auténtico. Para hallarlo fue retrocediendo de siglo en siglo, de documento en documento, y a cada etapa veía con claridad mayor que el auténtico Cristo era el predicado hoy por una sociedad visible que no le inspiraba la menor simpatía instintiva: la Iglesia Católica, el misterioso “partido de Jesús” que subsiste a través de los siglos y conserva fielmente y aplica a las circunstancias la primitiva herencia. “Miramos con desdén —dijo en uno de sus sermones de Oxford— eso que llamamos religión de partido; pero es bien cierto que Cristo hizo de un partido el vehículo de su doctrina” (6).

Los ecos de su pensamiento no se han extinguido. Se agigantan a medida que corre el tiempo. En la línea del purpurado inglés estuvo el jesuita José Huby, cuyo *Cristo: manual de historia de las religiones* es respecto al *Orfeo: historia general de las religiones* de Reinach lo que fue la *Vida de Jesús* de Veuillot frente a la de Renan. “El Cristianismo —escribe Huby— es, entre todas las religiones que se llaman reveladas, el judaísmo incluido, la única cuyo mensaje, aun desbordando lo histórico por la riqueza trascendente de su contenido, se encarna en alguien que no sólo transmite una doctrina, sino que se presenta —él mismo— como la verdad y la justicia vivientes. Otras religiones tuvieron fundadores —no voy a negarlo— cuyos contemporáneos pudieron verlos con sus ojos y tocarlos con sus manos: ninguno de estos predicadores religiosos, Mahomet, el Buda o Zoroastro, se propuso a sus discípulos en calidad de objeto de fe... Jesús es el maestro que se da a sí mismo por objeto de nuestra fe; es su autor y su consumidor; es su fundamento, su piedra angular y es su objetivo como Dios a quien debemos adorar” (7). No se apartan de esta senda Pinard de La Boullaye ni Tacchi Venturi.

Esta mentalidad no tardó en llamar a las puertas de la teología tradicional y en fertilizar los llanos de la catequesis. De lo primero es muestra preclara *La evolución homogénea del dogma*, de nuestro Marín Sola, basada en una manipulación, circunspecta y erudita, de los principios de Newman; y de lo segundo el famoso método CIBEL (*Catecismo Intuído en la Biblia*, el Evangelio y la Liturgia) del benedictino belga Lefèbvre. Es un método resueltamente cristocéntrico y muy ceñido a lo que pronto llamará Jungmann “el mensaje primitivo”.

El movimiento va a alcanzar su cenit. Para ello será preciso que sus directrices cristalicen en una teoría cerrada, sistemática, y que su terminología sea más rigurosa, más científica, incluso algo abstracta. La acuñación de insólitas voces ayuda a que

(1) *Catéchisme à l'usage des diocèses de France*. París, 1944.

(2) *Katholischer Katechismus des Bistümer Deutschland*. Friburgo, 1955.

(3) *Catecismo Católico*. Barcelona, 1957.

(4) Barcelona, 1957.

(5) Barcelona, 1960. Poco antes se publicó en catalán otra obra de Arnold: *Proclamació de la fe i comunitat eclesial*. Barcelona, 1959.

(6) Sermón IX, 25.

(7) *Christus: manuel d'histoire des religions*, 8.ª edición, pág. 983. París, 1947.

un movimiento despierte interés, desencadene entusiasmas adhesiones y severas catilinarías, y en una palabra se erija en "escuela". Habitualmente suele intervenir en esta metamorfosis algún profesor alemán.

Esta vez intervino el padre Jungmann, jesuita de Innsbruck, que batió la marcha con su libro *El mensaje primitivo y nuestra predicación de la fe* (8), en el que contrapuso el contenido y estilo de aquella predicación que convirtió el viejo mundo pagado a los de la predicación actual de fruto —¡ay!— tan escaso. Materia casi única de aquella fueron la vida, las enseñanzas, la pasión, el triunfo de Jesús; y su método consistía en "dar testimonio" de este relato, lo cual se conseguía por el fervor y el afán de objetividad del narrador y porque la conducta de éste reflejaba también lo atestiguado. Las herejías compelieron a cifrar en axiomas de abstracta concisión, en dogmas definidos, esa doctrina hasta entonces tan cálida y sencillamente proclamada. Paulatinamente la predicación dogmática, más dialéctica que histórica, más razonable que devota, desplazó a la kerygmática o atestiguadora. Jungmann reconoce la necesidad de la teología dogmática; pero aspira a que su contenido, aliviado de cuestiones secundarias y de términos demasiado técnicos, henchido de historicidad y resplandeciente de entusiasmo "testimoniante", se vierta en una presentación kerygmática, la cual ha de vigir cuantas veces el apostolado se dirija al vulgo o a núcleos refractarios a la mentalidad escolástica.

Hugo Rahner, también jesuita de Innsbruck, dio un paso audaz. En dos artículos publicados, en 1938, en los cuadernos *Theologie der Zeit*, y completados al cabo de un año en el libro *Una teología de la predicación* (9), declaró sin rodeos que no bastaba, según había propugnado Jungmann, adaptar a la predicación la teología tradicional: urgía construir al lado de —o tal vez frente a— la teología dogmática una teología kerygmática. Los títulos de las doce conferencias que integran su libro dan cabal idea del contenido, ordenación y estilo de esta nueva teología. Helos aquí: 1.º, Teología y kerygma; 2.º, Revelación, como raíz de lo kerygmático; 3.º, Trinidad, como principio y término de lo invisible; 4.º, Misterio del estado y el pecado originales; 5.º, Misterio de la unión hipostática; 6.º, Realización de lo invisible mediante la Iglesia, la gracia y el culto; 7.º, Teología de la vida de Jesús; 8.º, Teología de la Iglesia visible; 9.º, Teología general de los sacramentos visibles; 10.º, Teología particular del sacerdocio visible; 11.º, Teología particular de los restantes sacramentos visibles; y 12.º, Resurrección de la carne. Queda bien patente el hilo conductor de la nueva teología; predicar —o "proclamar", en término más chillón— la historia de la sobrenaturalización de la humanidad. Por un ardid didáctico sin duda, se prefiere llamar a lo sobrenatural lo invisible ("unsichtbar"); en cambio se conservan otras locuciones escolásticas, como la "unión hipostática".

Un tercer jesuita de Innsbruck, el padre Lakner, apoyó en otros conceptos este desdoblamiento de la

teología: la dogmática se ocuparía del "verum" revelado, analizaría los datos, los sistematizaría con rigor científico; la kerygmática, en cambio, apuntaría al "bonum", el valor salvífico de la revelación, y adoptaría un estilo afectivo, cordialísimo (10).

Zeiger (11) y últimamente Häring (12) han transportado lo kerygmático a la teología moral: Cristo nos llama, por medio de su ley, y el cristiano le responde con palabras expresivas de un firme "compromiso" y con actos virtuosos, más elocuentes que las palabras.

2. FILOSOFÍA DE LA "PERSONA".

Simultáneamente con la religiosidad acentuadamente cristocéntrica y con la teología de la predicación, surge y se afianza la filosofía de la persona.

En Alemania la inició, a fines del siglo XVIII, el fideísta Herder. Su obra entera es un esfuerzo para contestar a la pregunta: ¿Qué es el hombre, no en abstracto, sino en su concreción e historicidad? Y responde en términos luego rejuvenecidos por Wust y Ebner, que es "Mitte der Schöpfung", el centro o nudo de la creación, el ente más distinguido de la escala zoológica y el único en quien reverberan destellos del orden espiritual; es el único ser terrestre dotado de libertad, el único que habla, el único cuya personalidad labra no ya historia natural, sino historia cultural, y a lo largo de este proceso forja el progreso; y es, en términos religiosos, viva imagen de Dios. Mas, por lo mismo, la persona es un ser en perpetuo peligro: su libre albedrío no ha de darse punto de reposo, ha de pelear sin tregua para no caer en la brutalidad (13).

Poco después, levanta su voz nuestro Balmes. Su nueva Lógica, sistematizada en *El Criterio*, refuta que la habilidad dialéctica sea suficiente a conquistar la verdad; es indispensable que esta destreza esté manejada por una personalidad rica, equilibrada, atenta a la llamada providencial del sentido común.

Saltemos intermediarios. Detengámonos en Max Scheler. Su etapa significativa es ciertamente aquella en que su perspicaz escudriñamiento de los fenómenos estimativos le lleva a reconocer que los valores —la verdad, la bondad, la belleza— no nos "obligan" en virtud de un imperativo categórico formal, sino por sí mismos. Los descubre en el objeto un conocimiento transido de emocionalidad, que conmueve lo más íntimo de nuestra persona y que se produce primordialmente tratando con otras personas (inicialmente, con la madre). De aquí despegó Scheler su alada teoría de la amistad, del amor y de Dios amigo personal del hombre. Este momento ideológico tuvo por corolario práctico su conversión al Catolicismo. Las concesiones que hizo posteriormente —arrastrado por incidencias no filosóficas— a una impersonal

(10) *Theorie einer Verkündigungstheologie*. "Theologie der Zeit", 3, 1939.

(11) *Katholische Moraltheologie heute*. "Stimmen der Zeit", 68, 1938.

(12) *Das Gesetz Christi*. Friburgo, 1955. Es inminente la publicación de la versión española, titulada *La ley de Cristo*.

(13) J. Tusquets: *Conveniencia de revisar los orígenes y la trayectoria del Existencialismo*. "Las Ciencias", 3, 1957.

(8) *Die Frohbotschaft und unsere Glaubensverkündigung*. Regensburg, 1936.

(9) *Eine Theologie der Verkündigung*, 2.ª ed. Friburgo, 1939.

fuerza demoníaca le alejaron otra vez de nuestra Iglesia.

La actitud titubeante de Scheler no fue compartida por su discípulo Pedro Wust, al que tan arbitrariamente se clasifica entre los pensadores existencialistas cuando es un adalid de la filosofía de la persona. El hombre concreto —dice— habita en la arista de "Bios" y "Logos". Por esencia nos constituye la antinomia entre el mundo de los instintos biológicos y el de los valores espirituales. Combate y riesgo acompañarán siempre nuestro existir. Pero con la ayuda del cielo, que nunca se niega a quien la implora, la persona asciende al Ser absoluto y se dispone a recibir la revelación, aun cuando carezca de derecho alguno a exigirla (14). Wust perseveró hasta la muerte e hizo grabar en la losa de su sepulcro esta inscripción: "Desde la realidad temporal, a través de la inseguridad y el arroyo, a la realidad eterna de estar a salvo en Dios".

Sorprendente analogía con la pareja Scheler-Wust tiene el binomio Bergson-Maritain. El humanismo integral de Maritain trasciende, valiéndose de una ontología más robusta que la de Wust, la brumosa, a fuer de empírica, afirmación bergsoniana de lo Absoluto.

Importa no identificar la filosofía de la persona con la personalista, propagada por el grupo de "Esprit". Si parece legítimo partir de la "persona" para descubrir una ontología, no lo es, ciertamente, poner la persona por encima de la ontología, y en la esfera sobrenatural situar el cristiano encima del Cristianismo. "La persona —escribe Mounier— no es una célula, ni aun social; es la cima de donde salen todos los caminos del mundo" (15). "El cristianismo no es un freno; es una locura, una fuerza insensata de conmoción y de progreso" (16). La cristiandad de nuestros días —agrega—, como cualquiera otra inserta en la historia, adolece de defectos capitales que sólo el personalismo es capaz de subsanar (17).

II. RASGOS DE LA NUEVA CATEQUÉTICA

1. RASGOS HEREDADOS DE LA TEOLOGÍA DE LA PREDICACIÓN.

El conato de escindir la teología, creando una rama kerygmática, está definitivamente descartado. La ciencia del "verum" revelado incluye necesariamente la del "bonum" revelado. Apenas si Arnold se atreve a manifestar de vez en cuando esas veleidades. De todos modos no hay mal que por bien no venga. Y de aquella pretensión ha provenido, en primer lugar, que la teología conceda hoy mayor realce a los asuntos y aspectos que resultan de máxima utilidad para el apostolado. Lechner, por ejemplo, dedica un tratado de sus *Institutiones Theologiae Dogmaticae* a la índole pedagógica de nuestra redención (18).

Mejor suerte le ha cabido aún a la iniciativa del

padre Jungmann (19). No ha suscrito la Catequética actual todas sus propuestas; pero ha asimilado, con o sin reservas, muchas de ellas. Fijémonos, para puntualizar esta influencia, en tres aspectos: 1.º, el *plan* de los recientes textos de instrucción religiosa; 2.º, su *forma*; y 3.º, la *actitud* que suponen en el profesor o catequista.

Respecto al *plan*, la Iglesia ha resuelto mantener, en sus catecismos, el que vige desde los primeros textos catequísticos. No difiere sustantivamente el plan que se esboza en San Cirilo de Jerusalén del que adoptará en el siglo XIII Ramón Lull; ni se observa notable diferencia entre éste y el de los catecismos de San Pío V, San Roberto Belarmino, Malinas, Deharbe, San Pío X, o Gasparri. Abonan esta decisión, además de la práctica tradicional que no es argumento de leve peso, otras graves razones: necesidad de dotar a los fieles, ya desde pequeños, de un cuadro donde sitúen y engarcen sus conocimientos religiosos y hallen con facilidad la respuesta al error o al problema; conveniencia de no desperdiciar el inmenso y precioso "material", han legado generaciones de catequistas, que se convertiría en chatarra con el cambio de plan; estrecha vinculación del catecismo tradicional a las virtudes teologales; atractivo ejercido en el pueblo por el plan tradicional cuyas partes corresponden a lo que ha de estudiar el aprendiz del "oficio de cristiano" para salir buen "oficial" y ganarse la vida eterna; y el hecho indiscutible de que ni el autor principal ni el secundario de la Sagrada Escritura se propusieron que ésta constituyese el esquema de un libro didáctico. Ello no empece que el plan y el contenido de los nuevos catecismos acusen la influencia —y el catecismo alemán, la intervención personal— del padre Jungmann y de sus discípulos. Sus líneas son más simples y hacen resaltar los misterios de Cristo y en especial los de gloria. No queda en la sombra el Espíritu Santo, se insiste en la índole cristocéntrica de la Iglesia y los sacramentos, y se persigue que el catecismo no sólo conduzca a Cristo, sino que impregne de vida cristiana al alumno. Se adivina incluso —y no veo en ello nada reprochable— que bajo el plan tradicional late una subestructura kerygmática.

Mayor es el margen de tolerancia cuando no se trata de catecismos propiamente dichos. Los textos religiosos de Enseñanza Media editados en Francia por *L'École* y los prohijados en Bélgica por *Lumen Vitae* adoptan una estructura dramática, aducen constantemente la Biblia y documentos históricos, y en vez de formar al muchacho o a la muchacha para unas circunstancias indeterminadas les preparan a ser vivientes testigos de Cristo en el mundo de hoy.

Un criterio fiel a la tradición, pero abierto a las innovaciones en lo que tienen de legítimas, ha presidido también la *forma* de redactar y presentar los nuevos catecismos. Sin desterrar los términos teológicos, centinelas de la exactitud y de la catolicidad, se ha procurado no prodigarlos y rodearlos de un contexto que ayude a comprenderlos. La presentación tipográfica se distingue por su vivacidad y esmero de la corriente en los catecismos de principios de si-

(14) Leopoldo Prohaska: *Existentialismus und Pädagogik*, págs. 54-84. Viena, 1955.

(15) *¿Qué es el existencialismo?* (trad.). Buenos Aires, 1956, pág. 17.

(16) *Idem*, pág. 132.

(17) *Idem*, pág. 131.

(18) Cuarta ed., Barcelona, 1945, pág. 225.

(19) Jungmann: *Christus als Mittelpunkt der religiösen Erziehung*. Friburgo, 1939.

glo. Lo mismo se ha intentado en la ilustración, aunque incurriendo a veces en exageraciones más alejadas todavía de lo que forma y atrae a los niños que los manidos gráficos de antaño. Aludo singularmente a los dibujos del nuevo catecismo alemán; los del francés, por ejemplo, están en su punto.

Subrayemos la *actitud* que asignan al maestro o catequista. Debe hablar éste —y lo reflejan los textos— como quien rinde testimonio a las verdades que enseña. Un buen testigo ha de ser, por una parte, exacto en lo que atestigua, y por otra ha de atestiguarlo con fervor, “como si lo estuviera viendo”. La oración, el estudio, la humildad, la caridad, harán revivir en el catequista el espíritu de los que secundaban a los Apóstoles, de suerte que no sólo transmita el mensaje de la fe, sino que contribuya a fortalecer la fe en el mensaje.

2. RASGOS DERIVADOS DE LA FILOSOFÍA DE LA “PERSONA”.

Para obtener carta de ciudadanía en el Catolicismo ha de renunciar esa filosofía a toda desorbitada pretensión. Nunca aceptará la Iglesia un “progresismo” catequístico que demore la memorización y explicación de determinados dogmas hasta que los “intereses” síquicos del alumno parezcan reclamarlos. Nunca rubricará afirmaciones, tan proclives al confusio-nismo, como las siguientes del ya citado Mounier: “Se puede ser cristiano y personalista, socialista y personalista, y —¿por qué no?— comunista y personalista, si se es comunista de una manera que no contradiga los valores fundamentales aquí destacados” (20). La persona humana, lejos de ser manantial y canon de la verdad ontológica y teológica, está sometida a las leyes del ser y obligada a recibir con docilidad la revelación.

Aclarados estos equívocos, el pensamiento católico asimila gozoso en sus cuadros inalterables muchos de los hallazgos y sugerencias de la filosofía de la persona. Y esta asimilación repercute vigorosamente en el campo pedagógico general y en la pedagogía religiosa. Nada menos que Goldbrunner, ilustre director de *Katechetische Blätter*, ha dedicado a dicha integración un magnífico libro (21) y varios artículos.

Las innovaciones de mayor cuantía giran en torno al “encuentro”, y a su condición y consecuencia, la “conversación”.

Conviene distinguir netamente el “encuentro” de la “intuición”, la “experiencia” y la “vivencia”, que suelen cortejarlo. Sus notas peculiares son: 1.º, acaecer sin que sus autores lo hayan previsto, lo cual no obsta a que lo haya preparado un tercero; 2.º, engendrar una situación de exclusividad, acompañada de una sacudida emocional que penetra hasta lo más entrañable; y 3.º, causar en ambos actores una transformación; salen del encuentro renovados. Propiamente no se verifica más que entre personas; por analogía puede y debe extenderse su concepto a ciertas cosas (obras de arte, objetos litúrgicos, etc.) cuya repentina aparición nos pone en un estado síquico equivalente al descrito. Entre los encuentros de mayor significación en pedagogía religiosa sobresalen los

del alumno con el catequista, con Dios (con Jesucristo, con el Padre, con el Espíritu Santo, con la Virgen, el ángel custodio y el santo patronímico), con el Vicario de Cristo (con el obispo, el párroco, el misionero), consigo mismo y con sus compañeros (22).

La “conversación” educativa difiere “toto coelo” de una discusión, y en el campo catequístico incluso de una investigación estricta. No pretende inventar, quiere hallar, conseguir que Dios le hable —por el magisterio que el Señor instituyó— para responderle con dócil y ferviente adhesión. Hasta en el caso en que la conversación se sostiene con un incrédulo, no aspira aquélla a derrotarle, sino a atraerle, a facilitarle recurrir a Dios, a ayudarle a superar los obstáculos que retardan su conversión (23).

Los nuevos catecismos y los manuales recientes para la Enseñanza Media brindan abundantes ocasiones para el encuentro y la conversación. He recomendado y puesto en práctica estos medios, antes de que estuvieran de moda (24). No ocultemos, empero, que los tales medios, según han advertido autores tan objetivos como Adelman y Kopp, no han de monopolizar la catequización, ni siquiera propender a dominarla: la explicación, el ejercicio, la memorización, la disciplina, la habituación, siguen siendo indispensables. Una excesiva predilección por el activismo personalista perjudicaría la sistematización de los conocimientos y descuidaría el cultivo de las actitudes de recogimiento y respeto, no menos valiosas que las de entrega y compromiso.

III. LA NUEVA METODOLOGÍA CATEQUÍSTICA

¿Qué métodos y procedimientos hay que emplear para convertir en realidades, dentro de los límites consignados en esta exposición crítica, las normas emanadas de aplicar al campo religioso los principios de la teología de la predicación y de la filosofía de la persona?

Copiosa es la bibliografía. El padre Jungmann en su *Catequética*, especialmente en el capítulo quinto (“El plan de estudios”) y en un apartado del séptimo (“Fe y fundamento de la fe”) puntualiza luminosamente los procedimientos típicos de la pedagogía de la predicación.

La metodología personalistas, en general, ha sido enjuiciada y expuesta por Goldbrunner (25) y por Kastantowicz (26). La del “encuentro” por Buber, Guardini, Bollnow, Roth y Stöcker, y sintetizada con mucha sensatez por Adelman (27). La de la “conversación” por Schneid (28), Kopp (29) y por el secre-

(22) J. Tusquets: *Aplicaciones catequísticas de la pedagogía del “encuentro”*. En “Bol. Nac. de Inf. Cat.”, 1, 1960.

(23) F. Kopp: *Über das Unterrichtsgespräch*. En “Kat. Bl.”, julio 1960.

(24) Véase mi *Manual de Catecismo*, 1.ª ed. Barcelona, 1929.

(25) Además de la obra citada en la nota 21, el artículo *Über die Person und das Personale*, “Kat. Blätter”, enero 1960, donde distingue entre actuar “en persona” y actuar “personalmente”.

(26) *Die personalistische Auffassung vom Menschen und die personalistische Pädagogik*. “Pädagogische Welt”, diciembre 1959.

(27) *Bildende Begegnung*. “Päd. Welt”, mayo, diciembre 1959.

(28) *Das freie Unterrichtsgespräch*. “Päd. Welt”, abril 1959.

(20) *¿Qué es el personalismo?*, cit., pág. 12.

(21) *Personale Seelsorg*, 2.ª ed. Friburgo, 1955.

tario de redacción del catecismo alemán, Clemente Tilmann (30).

En la imposibilidad de recorrer, ni a uña de caballo, un campo tan extenso y accidentado, concentraré la atención en el medio didáctico por excelencia, que nunca deja de reflejar cualquier notable innovación instructiva o formativa: el "esquema" de clase o lección.

El padre Jungmann, más poeta que geómetra, no acierta en su *Catequética* a transformar el clásico esquema de Herbart, que al fin y al cabo poco discrepa de los recomendados por los grandes catequistas de todas las épocas. Las modificaciones que propone son superficiales y se inspiran únicamente en la pedagogía de la predicación; no tienen en cuenta las iniciativas de la pedagogía de la persona. En cambio un simple maestro, Günther Weber, ha dado en el clavo: el esquema que propugna creo que satisface las exigencias de las nuevas corrientes, sin agravio a los derechos de la tradición (31). Verdad es que el esquema de su invención se refiere a las clases o lecciones bíblicas; pero es bien sencillo acomodarlo a las de catecismo, que parten, en su mayor parte, de un texto o episodio bíblico.

Sabido es que el esquema de Munich, imperante hasta la fecha en las catequesis alemanas y casi diré en las del mundo entero, reduce a tres los "grados" o miembros del esquema de Herbart: consta de "presentación" (*Darbietung*), "aclaración" (*Erklärung*) y "aplicación" (*Anwendung*).

Weber los remplacea por: "proclamación" (*Verkündigung*), "consideración" o meditación (*Betrachtung*) y "realización" (*Verwirklichung*).

Media una distancia no desdeñable entre "presentación" y "promulgación". En aquélla el catequista se limita a poner ante los ojos del alumno el objeto

(29) Véase la nota 23.

(30) Tres artículos en "Kat. Blätter" 1960: *Das religiös-weltanschauliche Gespräch* (mayo), *Regeln für das Glaubensgespräch* (junio) y *Voraussetzungen für das Glaubensgespräch* (julio).

(31) *Zur Methodik der Bibelkatechese*. "Kat. Blätter", abril 1960.

crónica

I Reunión del Grupo de Trabajo sobre didáctica del idioma

(MADRID, 27-30 DE JUNIO DE 1960)

JUSTIFICACIÓN.

Por una serie de factores confluente, cuyo análisis no es de este lugar, las didácticas especiales se encuentran entre nosotros en un considerable estado

de la lección o el sucedáneo intuible del objeto, y a inducirle a aplicar al objeto sus sentidos externos e internos, a manipularlos, a familiarizarse con él. En ésta el catequista, "anunciando" al modo del arcángel Gabriel, ocasiona un auténtico "encuentro" del discípulo con la palabra o la escena sagrada.

Sorprendido y conmovido por este sublime "encuentro" del alumno, ayudado por el catequista, lo "considera" devotamente, y lo "encontrado" va dejando en su personalidad huella perdurable. Tampoco esto puede confundirse con aquella "aclaración" —cuyo nombre deriva de la glacial "Klarheit" herbartiana— que se reducía a descomponer analíticamente el objeto y asociarlo luego con otras representaciones. La "aclaración" perfilaba y encadenaba el objeto; la "consideración" lo saborea y dialoga respetuosamente con él.

Al finalizar la "aclaración" el alumno disponía de un nuevo conocimiento, inserto en la red de "fusiones" y "complexiones"; y como *saber es poder*, se ejercitaba en aplicarlo al dominio de parcela de la realidad o de la ciencia. Luego lo guardaba en el departamento correspondiente; llegado el momento lo sacaría del armario, aislado o junto con otros, y lo emplearía a guisa de utensilio. El conocimiento permanecía alejado de la persona; era propiedad de ésta, pero no se desposaba con ella. Ahora en cambio, después de la entrañable "consideración", el alumno se apropia las exigencias del objeto y se empeña en realizarlas. ¿Cristo exige ser amado? El alumno se consagrará a conquistar corazones para Cristo. De ahí que el tercer "grado" se denomine "realización".

El esquema de Weber infunde una vitalidad extraordinaria y una religiosidad profunda al de Herbart. Vivifica un organismo estático, casi fosilizado. Vigilemos, empero, que no lo anime con tanto ímpetu que se malogre el objetivo primordial: suministrar conocimientos exactos, fijarlos y sistematizarlos.

Mons. JUAN TUSQUETS,
Catedrático de Pedagogía
en la Universidad de Barcelona.

de retraso científico. A pesar de la ola experimentalista que desde hace veinte años ha sacudido, con más intensidad que beneficio, los ámbitos de la pedagogía nacional, los estudios e investigaciones relacionados con los métodos más adecuados para la enseñanza de cada disciplina podemos considerarlos en España como inexistentes. En el mejor de los casos, contamos con un núcleo de personas al corriente de los progresos que la didáctica realiza en otros ambientes; pero carecemos por ahora de aportaciones serias en orden a una investigación que haga algo más que establecer "niveles" y resuelva los problemas que plantea la enseñanza de las distintas materias del programa.

Es claro que dada la profusión con que España ofrece grandes personalidades, no han faltado intentos dignos de nota para renovar los procedimientos de enseñanza; pero aun en este terreno práctico, más